

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

HOMENAJE

A

LILY ÍÑIGUEZ

1928

Noticia Biográfica

María Eleonora—*Lily*—Íñiguez Matte nació en París el 19 de Marzo de 1902.

Murió en Davos (Suiza), el 8 de Septiembre de 1926.

Fué hija de Don Pedro F. Íñiguez Larraín, diplomático y hombre público, y de la escultora Doña Rebeca Matte Bello.

Descendiente directa del legislador y maestro insigne, ¿habrá sido la última flor de ensoñación del noble tronco venezolano que arraigado briosamente en nuestro país había de retoñar en múltiple floración de idealidad—místicos, escritores, imagineros?

Grande alma de poeta, Lily Íñiguez dejó una obra literaria breve pero densa, y el recuerdo de una vida honda, intensísima, en su fugacidad. Vida que, al igual de sus versos, también puede considerarse una obra de arte.

En el Acto Académico efectuado en Septiembre de este año, la Universidad Católica de Chile evocó la memoria de esta criatura de excepción, en una atmósfera de templo, constituida por el recogimiento y la ternura comprensiva, visible, de todo un gran público.

Aprisionadas quedan aquí las palabras que entonces se pronunciaron.

Palabras que, para lograr la plenitud de evocación de esa vida transparente y de esos versos luminosos, deberían ser leídas en un mediodía estival bajo un vuelo de palomas blancas.

Santiago de Chile, Noviembre de 1928.

El Dolor en el Arte de Lily Íñiguez

Vivió veinticuatro años, como la cándida Amada del Alighieri.

Sonó en jardines silenciosos, que eran como el paisaje puesto en verso.

Oyó los primeros llamados a la oblación, en la única ciudad del mundo que puede alzarse en forma de cáliz a recoger el dolor humano—Florencia, *sobria e púdica* que dijo el Dante.

Y murió en una montaña, como el Cristo en quien creyó, y llevando, como Él, el dolor de una madre abrazado a los pies del madero resplandeciente.

Tenía dorado el cabello, dorada la tez y dorados los ojos, como los arcángeles que el Angélico pintaba de rodillas y que desde esas telas místicas convocan con clarinadas de oro a las nupcias de luz.

Fué la virgen cristiana que echó las aguas lustra-

les del silencio, de la purificación y del olvido, sobre ese nombre, humano en su grandeza y en su miseria, de Eleonora.

Fué la doncella de la cabellera magnífica y atorbellinada de Jorge Sand—que en el cráneo virginal de esta angelical criatura iba como a purificarse, a redimirse de haber flameado al viento de tempestad de la pasión...

De las fotografías que captaron la envoltura física de Lily jovenzuela, adolescente, se desprenden los signos de una especie de superioridad genérica anterior a las distribuciones del destino.

Esos inmensos ojos, lacerantes de infinito, anegados de eternidad, como los ojos ciegos de las estatuas, y que resbalan sobre la realidad profanada por la visión de los vulgares, una mirada que acaricia, que taladra y que perdona, sin ver,—son los ojos de la hermana menor del Sanzio, de Rafael el divino, ante cuyos juveniles despojos, nos dice la Historia, que el Papa León décimo se arrodilló y lloró.

Son los ojos de quien lleva en el alma la melancólica melodía del eterno fluir de las cosas.

Y en la mente, la unión triste pero serena de las dos ideas de vida y muerte.

Son los ojos del caminante que en pleno mediodía luminoso avizora que la noche le caerá frente al abismo.

Las criaturas que llevan esa marca de alma—dice un pensador—y que rinden, donde se hallen, testi-

monio involuntario de la limitación esencial de las cosas visibles, yo siempre las creo destinadas a algún gran sacrificio, en el que, un día, les será necesario luchar a solas con Dios.

Y el alma hecha de imperiosa dulzura de Lily, que a los relámpagos del genio unía una natural lucidez e inclinación para el fenómeno místico, se encontró frente a frente al emisario divino: el Dolor.

Hay una leyenda oriental donde la unidad de la vida y del dolor está vertida en belleza y en violencia.

La Vida, peregrina de la tierra en la que ha languidecido suspirando por el cielo, llega a la casa del amado.

La Vida enamorada llama a la puerta. Una voz desde dentro le pregunta: ¿Quién eres? Y la Vida responde llena de fe: «Soy yo».

—No hay sitio, dice la voz severa. No hay aquí sitio para tí y para mí. Y la puerta permanece cerrada.

La Vida, en plena desolación, vuelve a la tierra; pasa un año entero en el desierto llorando, rezando y haciendo penitencia.

Pero vuelve a situarse junto a la puerta muda. Y llama.

Como antes, oye la voz del amado que le dice: ¿Quién eres? Y la Vida responde temblando: «Yo soy tú». Y la puerta se abre.

«Yo soy tú», fué lo que Lily le dijo al dolor. Yo soy tu criatura, yo soy tu arcilla: moldéame.

Y como el dolor es un genial imaginero, y aunque sufrir no sea raro ni difícil, de la calidad del que sufre depende la escultura que el dolor haga en cada alma, el dolor, que se dijera moldeaba en los espíritus muchas pruebas en yeso antes de ensayar la creación marmórea, hizo del alma de Lily una de sus obras maestras, una de sus creaciones definitivas.

Fué una extraordinaria mujer en el dolor esta doncella que partió de la vida dejando la impresión de que su paso por la tierra no había sido sino el destierro de un ángel.

«Señora: siento que hemos estado en contacto con un ángel—decía a la madre dolorida el sacerdote a quien Lily sufriende colocaba frente a su conciencia de lirio, allá en la altura.—Percibo que por esta montaña ha pasado un ángel.

Si usted que era su madre y yo que era su confesor lo hubiéramos advertido plenamente, ¡cómo la hubiéramos interrogado!»

Hija única, la ternura experta y vigilante de quienes la amaban convergía a blindarla contra el dolor, a no ensombreceer su radiante infancia con ni siquiera la sospecha de que pudiera existir la muerte.

La avecita predilecta que moría, era suplantada, a espaldas de la niña, por otra avecita en todo semejante.

Lily suspiraba pero no desconfiaba ante la intrusa, teniendo para ella una misericordia de poeta:

—Ha cambiado de caracter, decía.

Las páginas de su Diario que corresponden a la época en que Lily estuvo como en una torre de cristal desde donde no se divisaba sino la irrealidad de un mundo con horizontes de ensueño, están rezumantes de un sentimiento poético de tal sencillez y verdad, de un sentido de la naturaleza tan hondo y penetrante, de una ternura recatada y pudorosa, grave, reconcentrada y muda, y de un instinto místico tan fuerte—como esas observaciones del día de su Primera Comunión—que evidencian que esa criatura de los altos destinos llevaba dentro del alma todos los manantiales de la emoción y todas las aptitudes para las más nobles fruiciones de la belleza.

Su certero instinto poético, su disposición para lo que se ha llamado «estado de poesía», le hicieron percibir el carácter sagrado de la belleza como una de las manifestaciones supremas y más altas del vivir.

«...Todos hemos traído con nosotros al mundo—dice en su Diario—un reflejo de la luz; pensamientos, elevaciones hacia lo bello.

El alma en sus tinieblas encuentra, guiada por ese reflejo, el camino ascendente.

Es un tesoro sagrado que llevamos a través de la vida, un dón magnífico, una bendición.

Dios quiso mostrarse eternamente a nosotros, y

nos dió la belleza. No solamente estamos rodeados, envueltos en ella, sino que llevamos en nosotros mismos el rayo divino.

Guardemos celosamente la maravillosa dádiva. Sirvámonos de la belleza para glorificar la vida.

Es tan generosamente prodigada la tierra, es tan infinita la belleza, que parece un cántico poderoso y puro, emanado de Dios mismo, y que vuelve a El sin cesar.

Y, cual el artista que esculpe en la dura roca su sueño y su visión, pongamos en nuestra vida grandeza y verdad, pues «nada hay bello sino lo verdadero y nada hay verdadero sin belleza».

Y en ese Diario, como un *ritornello* arrullador, como una melodía en sordina, de una levedad vaporosa, perseverante siempre, presidiendo siempre,—la idea de la fugacidad, de la limitación y del fluir nostálgico de la vida.

La idea que su entendimiento luminoso, penetrante y sensible, había captado como extracto, como esencia de su mundo circundante: la idea de la muerte.

Y la adolescente cuyos cantos daban la impresión de que algo de su vida era lo que huía en sus versos, tuvo que ser trasladada, desde la riente campiña florentina que parece un rompiente de gloria, al país de la Muerte.

Al estupor, a la instintiva y tan humana rebeldía, al impulso soberano de su alborada que le dice: «Se

tú»... «¡Desmiente!»... «¡Protesta!»... «¡Vive!», sucede el himno más fervoroso que haya entonado jamás una juventud a la ascensión del alma purificada y triunfante.

Y puesto ya el oído sobre el muro de sombra que nos separa del misterio, y percibiendo que va sutilizándose hasta casi dejar penetrar la luz increada, Lily, cuya alma aceptó en fe, en heroísmo y en belleza la voluntad divina, crucificada sobre el madero del dolor, canta.

«¡Gloria a la vida de amor y de dolor!

Gloria porque es bella, como es bella la muerte noble y bienhechora; pues ambas son obras de Dios, pero obras efímeras.

Hay otra aun más bella, porque perdura. Es la ternura inmortal, la ternura divina, que reúne para siempre a las almas, también divinas.

Gracias al Padre por haberme escogido entre tantas otras criaturas tuyas, para hacerme seguir un camino ascendente.

Que Él me permita verter sus enseñanzas en derredor mío.

Que Él me permita, ahora que tantas vendas han caído, ahora que soy feliz, ofrecerle como acción de gracias, mi canto».

Es decir: por mis manos que sangraron en la ascensión de las vertientes, por mi frente que húmeda se inclinó sobre el surco recién abierto, por mi boca que saboreó frutos de ceniza, por mis noches de tor-

tura, por la oblación de mi juventud, por el sacrificio de mi ensueño, por mi renunciamento a la gloria, gracias, Señor, que consentiste que la muerte tejiera una vestidura nupcial para echarla sobre mis hombros, y que me hiciste comprender, a mí, tu criatura, que el dolor es una señal de la predilección divina y que es, además, la mayor nobleza humana.

¡Las tinieblas de este crepúsculo no son sino el preludio de la claridad sobrenatural que, de la Luz suprema, captará, para envolver a todos los que amo, mi interrumpida aurora!

En el cementerio de la aldea donde el Angélico pintaba de rodillas los arcángeles que convocan a los elegidos a las nupcias de luz, duerme la niña que tuvo los ojos, la tez y el cabello de oro.

Siempre hay flores y luces en la capilla que guarda el sarcófago donde duerme. Son los pobres, a quienes casi siempre pertenece la memoria del corazón; son los que ella, la dolorida y la misericordiosa, consolaba; son los transeúntes de la aldea, que pasan a rezar a esa capilla porque oyeron decir que allí reposa la criatura extraordinaria ante cuya alma florecía, en los labios de quien la contemplaba, el *tota pulchra* de un laude.

Hace dos años que por estos mismos días cada ritmo de la ronda de campanas florentinas era como

una saeta resplandeciente, era como un dardo vibrátil y luminoso que iba a hundirse en un corazón.

Una ronda de corazones de madres gira hoy en torno de ese corazón. Cambiamos con la mujer enlutada una sonrisa comprensiva de hermanas. Su genio pertenece a todos. Pero su dolor es nuestro. Su corazón es nuestro. Su corazón, que ha sido el clamor vivo de todo lo que puede valer nuestro corazón.

Y Lily pequeña, y Lily adolescente, y Lily presta a oír las definitivas revelaciones, antes y siempre obsesionada, en su «Diario», por exaltar, el amor de su madre, la ternura de su madre, es, desde las regiones de luz donde se encuentra, nuestra afirmación y nuestra celestial fiadora.

Madre antes que artista, y capaz, por lo tanto, de un matiz de sensibilidad ignorado, en general, por los hombres, así sean geniales, a quienes el dolor de amor nunca enmudece sino que les estimula a cantar—Dante, y su Beatriz; Petrarca, y su Laura; Tasso, y su Eleonora; Heine, y su hija del Rhin; Leopardi, y la amada despectiva asaeteada por su despecho; Novalis, el niño sublime, y su «Himno a la noche»; y Beethoven, componiendo su Oda a la alegría en medio de una angustia sobrehumana—, madre antes que artista, ha ordenado al Dolor que arroje de su puerta a quien de allí no se puede ir: la Gloria.

Llena de la idea de la inmortalidad de la hija ausente y amada, y en medio del rapto de su frenesí

maternal, prueba sin decir: «Es necesario que ella crezca y que yo disminuya».

Y la que clamó en el bronce, y la que imploró en la piedra, y la que arrancó una sinfonía, una vibración honda que convirtió en himno la voz del mármol—hoy calla, encontrando, acaso, que el Arte es un teclado mudo, impotente de rendir su elegía maternal.

¡Eternidad, insondable eternidad del dolor, que es siempre nuestra reivindicación como mujeres, capaces de un amor más fuerte y poderoso que la muerte!...

La vida y el arte de Lily proponen con energía que son las madres y sus aspiraciones infinitas quienes hacen los héroes, los santos y los poetas.

A la silente y patética legión de las obras de una mujer de genio, se incorporó, en calidad de Victoria mutilada, la doncella ambarina, carne dé su carne y sangre de su sangre, que llegó a la escultura viva del pudor angelical, de las ansias vehementes de absoluto, del renunciamiento egregio y de la oblación muda y perseverante.

¡Victoria mutilada que ensayó el vuelo definitivo y cuyas alas invisibles acaso rozan, en esta hora, nuestras frentes!

JUANA QUINDOS DE MONTALVA
(GINÉS DE ALCÁNTARA)

"BRÈVE CHANSON"

por LILY ÍÑIGUEZ

No es el caso de decir con el poeta francés:

«Sans doute, il est trop tard pour parler encore d'elle».

Alfred de Musset podía creer que el canto prodigioso de la Malibrán se había desvanecido en el espacio como el de un ave que saluda la mañana, y sube, y se aleja de la tierra, y se pierde en el deslumbramiento del sol, y está olvidado al mediodía por aquellos mismos a quienes llenó el alma de poesía y de ilusiones.

Porque el canto de Lily Iniguez quedó con nosotros, fué un mensaje de dolor y de piedad, de angustia y de esperanzas, entregado a una madre, y que en el calor de su seno tomó vida nueva, adquirió otra inmortalidad aún mayor que la de su propia belleza y sus ideales imperecederos.

Quedó ese canto fugitivo en un volumen recogido piadosamente, envuelto más que en el pergamino de su cubierta en las ternuras maternas; quedó para

pocos, pero no era posible aprisionarlo, porque tenía alas y tenía, como Eloa de Vigny, la misión de consolar con su dolor otros dolores, de inspirar con sus anhelos de eternidad aspiraciones al ideal. Y los que lo escuchamos y lo sentimos penetrar hasta el fondo de las almas, salimos a decir a las gentes que pasaban cuánto había de bello y de consolador, de amargo y de reconfortante, de triste y de alegre, con alegría que no puede morir, en este mensaje de la dulce criatura que había rozado un día la tierra con sus alas y se había perdido en el espacio.

Nada pudo impedir que el canto de Lily, la «Breve Canción» como se titula el volumen que encierra sus versos, se desbordara de su hogar y resonara en nuestras almas: Un velo se interponía entre la Canción y nosotros: está escrita en una lengua que no es la nuestra, que entendemos, pero cuyos matices de color y de sentimiento a veces se nos escapan, lengua que fué la de su cultura porque es forma clara y precisa, toda llena de luz y capaz de sugerir con delicadeza aquello para lo cual el lenguaje humano, estropeado por la falsía y la impureza, apenas tiene medios de expresión adecuada.

Nada pudo impedir que este canto nos llegara. La obra de arte tiene el dón de lenguas y se puede decir de ella, cuando el espíritu la ha vivificado, lo que Alejandro Manzoni de la facultad concedida a los Apóstoles: «como la luz que llueve sobre todas las cosas y suscita los diversos colores», así la voz del artista inspirado resuena múltiple y cada pueblo la entiende en su lengua y esta «Breve Canción» de Lily Iñiguez resuena en todos los corazones y hace meditar a todas las inteligencias por el poder de su inspiración, por el Espíritu soberano que le dió vida.

¿Pero qué haré yo de esta «Breve Canción» puesta en mis manos encallecidas, como si hubieran dejado en ellas unas alas de mariposas? ¿Qué no parecerá rudo y vulgar al margen de este libro de una inteligencia que no tuvo época ni estilo, que no cabe en los moldes de la crítica y sus rígidos preceptos, espontáneo como el canto de un pájaro, hondo como el lamento de un herido en la noche, tierno como el llanto de un niño que llama a su madre, delicado como flor prematura abierta el día de la nevada, y de tan luminoso concepto que nadie puede leerlo sin quedarse pensativo y con el alma invadida por aspiraciones espirituales del más alto origen?

Qué puedo hacer sino abrir el libro, desatar los cordones que lo cierran como celosos de que no sean manos cualesquiera las que lo abran; pasar delante del bello prólogo en que otro espíritu de noble raza dejó unas líneas admirables a la memoria de la poetisa ausente; mirar el retrato de Vittorio Corcos que nos muestra a Lily en toda la espléndida belleza de su adolescencia, con una honda idealidad y ternura en los grandes ojos, con una afirmación de voluntad apasionada en la boca de exquisito dibujo; y llegar hasta la página primera en que la artista despierta a la conciencia de su necesidad de cantar.

«Me despierto; ha escrito en esa primera página, en mi extraña alborada, porque necesito cantar mi canción fugaz, la canción de armonía que un Arcángel luminoso dió a mi corazón en el fondo de su cárcel». Quiere cantar su juventud, su emoción, mezclar en su canto lejanas imágenes, cantar en su extraña alborada y luego callar, dejando tras de sí «un cántico de queja y alabanza que sea en su fervor como un acto de Fe».

Rara vez ha ocurrido en la historia de la poesía un caso de tan fuerte conciencia de un destino como el de esta niña. Esas primeras estrofas encierran su biografía escrita años antes de que fuera llamada. Debía cantar, y partir, dejando como huella de su paso y como resumen de su Fe este canto fervoroso.

Una invocación a la luz primaveral que la inunda y la deslumbra: quiere que la luz la lleve en sus ondas, luz ardiente de amplia alegría; quiere saber el secreto de la vibración de esperanzas que hay en la luz; y tiene prisa, porque las primaveras son cortas, las rosas pasan: «Luz inmensa, claridad rubia, lléname de tu recuerdo, porque después de tí siempre está pronta para volver la noche profunda».

Un sentimiento pleno de la naturaleza la invade y sube por su alma como una savia rica y fecunda. «Ven, vamos a pasear en la sombra del jardín. ¿No percibes el aroma de las rosas que para nosotros embalsaman este lugar amado?... Es una mañana de primavera, de sol; se olvida el otoño y la noche; todo habla de juventud y de esperanzas. Mira como las flores suben hacia el sol...»

Pero esta aspiración virginal y magnífica hacia la luz y la vida ardiente se turba ante la conciencia de su destino. Se siente como una pequeña cigarra ebria de vida y sol, cántico de pasión en medio de la fiesta universal del verano; pero un día su voz se apaga y parece ya una queja y la pequeña cigarra queda en silencio al caer la tarde.

Casi todas sus poesías de esta época primaveral, en que palpitan aspiraciones juveniles en el seno de una naturaleza generosa, llevan, junto a las alegrías y expansiones de la bella estación de la vida, una visión premonitoria del dolor que viene, de la noche

que llega, del fin. Invita a los amigos a danzar en la luz, a correr de flor en flor, a huír siempre riendo; pero al terminar recuerda lo que sabe, lo que le han contado: que a lo largo de las praderas floridas hay quien ama y llora porque ama.

Un presentimiento extraordinario la ha hecho conocer desde la niñez esta fugacidad de la vida suya. A través de las imágenes de sus versos se advierte que ella sabía más de lo que decía sobre ese triste destino que la condenaba a pasar rápida, como un relámpago deslumbrador, como rayo de sol que se extingue antes de alcanzar el mediodía.

La tarde la atrae y su tristeza no la aplasta y acongoja, sino que la hace reflexiva y profunda. «La sombra descende sobre la colina; he aquí la noche; en la luz azulada se dibuja un ciprés negro», dice una estrofa de asombrosa fuerza descriptiva en su sobriedad. «Y la selva, poco ha tan llena de cantos y vuelos, se calla al escuchar la pena del ruiseñor, la pena amada, la pena fina de este instante que la sombra azul sueña y adivina tan dulcemente. Doliente llega hasta nosotros la nostalgia de un sueño antiguo, cuya belleza fué infinita».

Desde esa página la sombra camina por la falda del monte de su alma y la llena toda. El niño dormido bajo el follaje de las enredaderas ha soñado con el Pájaro Azul y al despertar supo que no existía. Cae la nieve y todo lo borra. Ella piensa en lo que aísla y hiela el astuto invierno, en los follajes rojizos, en los vientos glaciales, en los jóvenes muertos tan solitarios bajo sus tumbas grises... «Y las esperanzas caídas a la tierra, abandonadas, espectros errantes en el misterio de los días marchitos».

En otra poesía se lamenta de que la primavera la

hace esperar mucho; las rosas mismas se han marchitado en la espera; su corazón también. Pero todo le habla ya de un cielo dulce que habrá de desplegarse para otras rosas, y también para su corazón. En la armonía prodigiosa de su alma con la naturaleza circundante, de todo su ser con el universo, surge ya, tras de la melancolía de los primeros años, tras del despertar en que las alegrías estaban siempre turbadas por un temblor de presentimiento, tras de la desesperanza, este fulgor, pálido todavía, de un horizonte que no es el de este mundo.

El viejo jardín que ha descrito maravillosamente en estrofas bellísimas es el de su infancia y primeros días juveniles. Estaba lleno de encantos y prometía felicidad. No cumplió su promesa. Es el jardín que todos llevamos dentro del alma y siempre que lo evocamos sentimos acudir la pregunta de Lily que no sabemos formular en tan bella forma: «¿Volveré a encontrar en el fondo de un camino gris el encanto mágico y noble del jardín que soñaba conmigo y contaba a la brisa un cuento maravilloso, sin digresiones y sin fin?»

¡Nunca más, nunca más! En vano se mezclará a la ronda de su edad y sus sueños. Llegará siempre la hora temprana en que, mirando sus manos, pensará en su destino: «¿Se darán a otras manos fuertes para ser besadas y amadas; se ofrecerán a una cuna portadora de vivientes mañanas; o deberán estas finas manos de virgen marchitarse en la paz de un sepulcro cercano?»... ¿Quién se lo dirá? No importa; ella lo sabe, lo ha sabido siempre: «sobre esas manos inciertas, conmovidas, altivas y solitarias, pasea ya la errante palidez de los destinos».

Entonces su alma se rebela y desde la nave de

un templo lanza un grito que no acierto a comparar sino con los del Salmista, cuando encarándose con la Divinidad le pide desde lo profundo de su abismo de dolor que no descargue sobre él su cólera, que no haga el escrutinio de sus iniquidades, porque si el Todopoderoso lo abandona ¿Quién lo sostendrá?: «Te traigo, Señor, dice la joven inspirada, en vez de una oración que ya no sé decir, la imagen de la felicidad que tú me negaste, te traigo la llaga de una primera angustia y el abatimiento de un corazón amargo y en revuelta».

Y Dios la escucha. Una obra de su madre titulada «El Mensaje», inspiración espiritual y elevadora, es el instrumento por el cual la gracia va a inundarla. Ha leído el Mensaje que surgió victorioso del horizonte de su dolor. Vibraba de esperanzas el Angel del Día que lo había traído hasta su corazón. Es un mensaje para la Fe que guarda la voz del Más Allá, es el apaciguamiento para la joven angustia de un impulso orgulloso cuyos sueños cayeron. Y acaso nunca su alma se nos ha revelado como en este momento, cuando al recibir este Mensaje supremo nos dice que es «una palabra de piedad para el que buscó por largo tiempo sobre la vida dolorosa... «es palabra de esperanza para los que hallaron antes de tiempo a la Enemiga tenebrosa». El Mensaje manda ayudarse en la árida cuesta de la vida: «que los que han *visto* ayuden a sus jóvenes hermanas». Y termina en esta espléndida imprecación: «Aparta, Humanidad doliente, el largo velo que te oculta el rostro. Almas todas, venid, porque ya sé el secreto, mi marcha es triunfal y el secreto es sólo este: Aceptad y dad».

Ha hallado la paz en la abnegación, en la renun-

cia, en la caridad. Aceptación de la voluntad suprema y dón de sí misma serán en adelante las normas de su vida. Está toda llena de esta sed de sacrificio y bebe la amargura de sus últimos años serena y convencida, dándose para recibir.

En las noches sin sueño la visión del Infinito la inunda de tranquila y majestuosa calma. Los años pasan, y ella con los años. «¿Qué importa, dice a su madre, que la tierra esté cubierta de nieve y el viento rompa el árbol sin hojas? ¿Es por eso menos ardiente el brillo de oro de las antorchas bajo el techo que protege? ¿Qué importa si todavía soñamos en silencio el florecimiento sepultado en nuestros corazones temblorosos? ¿Es por eso menos vivo el amor que nos une en su potente abrazo?»

Y un ensueño de amor, casi impalpable y, sin embargo, profundamente real y humano, pasa por su vida en la hora en que la esperanza de otra existencia mejor brilla a lo lejos como una promesa cierta. Recuerda que una tarde, sobre la árida montaña, sobre la cima helada de todos los males humanos, se atrevió a acercarse a aquella alma orgullosa, plegó ante la soberbia agonía del amado su alma solitaria y le ofreció como un ramo de flores sus ensueños, murmurando: «Sois el primero!...» Y aquel sér privilegiado, que recibió la confidencia amorosa de la criatura excelsa por su alcurnia espiritual, ya casi desprendida de la tierra, vive en su corazón largo tiempo después. En el silencio de la noche el recuerdo se le presenta y la llena de luz, aquel héroe vencedor del amor y de la muerte, le cuenta una dulce historia en la sombra nocturna y su corazón sube hacia él. Es el ritmo que él le enseñó, es la armo-

nía infinita de la resignación y del amor triunfante por la renuncia misma.

Cuando vuelve la primavera, Lily la invoca. A ella, a la primavera triunfal, que se impone a toda la naturaleza, le pide que vaya a florecer en su nombre, allá lejos, la sepultura del que la amaba.

Otros seres pasan por el libro en forma de pequeños poemas dedicados a amigas. Una gran ternura, una piedad inmensa, una sencilla y anticipada experiencia de la vida le hace hablarles del futuro, de las desilusiones que les aguardan, y señalarles el camino de la esperanza que no muere.

Hay una aspiración, entre muchas, que no ha satisfecho. Ha soñado largo tiempo con su patria lejana y de este sueño, que nunca se realizaría, queda en el libro una huella encantadora. «He soñado con el suelo generoso del terruño que fué cuna de mi raza libre y altiva y que guarda piadoso en su seno a la familia entera». Oigámosla evocar a los que la precedieron: «Antepasados de otros tiempos, abuelas de frente angelical, se entregaron allá unos a otros la antorcha victoriosa. ¿De dónde vienes, qué quieres, oh, extraña nostalgia que llevas mis sueños hacia la tierra de mis abuelos? Porque yo, Patria mía, no soy más que una liana que nació bajo otros cielos, que brotó lejos de tí; pero he sentido esta tarde en mi piedad más viva, que unas manos muertas se tienden hacia mí».

Pero hay que darse prisa. El Tiempo vela y aguarda. La Muerte ha hecho una señal imperceptible para los demás, visible para ella. Ya no es la enemiga de antes. Su proximidad marca para Lily la Hora Santa: «Ha venido para mí la hora triste y serena, infinitamente dulce, en qué acepto mis penas.» Y

más adelante, en la misma poesía: «Mis penas sonreirán, que he aquí que ha venido a mi sendero la Hora Santa, y las miro al fin sin miedo y junto mis dos manos. Y bendigo sobre todo mis lágrimas que forzaron a mi corazón maravillado a ponerse de rodillas...»

Ya de esta tierra donde ha soñado, sufrido y esperado, sólo mira a su madre. La existencia restringe su horizonte y sólo la ve a ella. «El tiempo pasa, llevándose alegrías y tristezas; nuestros pasos se alejan hacia quién sabe qué destinos... Dejemos que nuestro amor irradie ternuras, nuestro amor bendito que debe durar sin fin».

La continúa evocación de su fe en Dios, en la inmortalidad de un cielo prometido, en la reunión de las almas más allá del valle de lágrimas, en la misericordia infinita y el infinito amor, impregnan sus últimas poesías de un alto concepto espiritualista y de una gran paz.

La hora ha llegado. Mira desde lo alto de la suprema renuncia, en la calma de su fe y su amor, la obra inconclusa. Por todas partes elementos dispersos que debieron formar un gran conjunto. Y escribe entonces el simbólico poema que titula «La Catedral Inconclusa»: «El sol cae sobre la Catedral abierta todavía al cielo y por las brechas penetran rayos de sol que hacen manchas de oro sobre las losas. El verano pesa sobre la floresta de piedra en ascensión que eleva lentamente sus muros en una altiva aspiración... Hay que sufrir todavía, hay que construir obstinadamente para que se impregne la vida y la obra quede toda hecha de palpitaciones. Hay que entregarla toda a nobles gestos de santos orgullos y obscuro enjambre de artesanos modestos

vestidos de duelo. A fin de que sobre el campanario, se alce todavía más alto hacia el cielo ardiente de un día de fiesta, la aguja más perfecta, portadora de la Cruz».

Y así como en este poema que firmaría el más exigente de nuestros simbolistas, y en que Claudel hallaría un alma hermana de la suya, está toda su Fe sana, limpia, serena, llena de humanidad doliente y de visión divina; y así como en sus ternuras la Caridad palpita como el ritmo natural de su corazón; así en su último canto, en el que cierra el libro, saluda a la Esperanza y le pide que le arrebate en su abrazo inmortal. «Háblame, dice a la Esperanza, de la Vida y de la joven aurora cuyos resplandores sueño en esas lejanías doradas, y de los jardines nuevos que mañana abrirán sus ofrendas le flores bajo mis pies liberados. Aligerada me lanzo contigo en el espacio donde te oigo gritar que no existe la noche... Y sale el sol... y la tierra se borra... y yo me doy a tí para siempre, Esperanza».

Este místico ensueño termina el volumen y el lector siente que la obra no es más que una ascensión como la de los muros de la Catedral Inconclusa, un vuelo que viene del fondo de una infancia luminosa, que atraviesa las tormentas del dolor sostenido por el amor, que por fin descansa en la liberación infinita, perdiéndose en la luz increada.

Cuando me contaron que había muerto, pensé en un cuadro viejo en que el Judío Errante de la leyenda contempla el cadáver de un niño: él no puede morir y arrastra por los caminos de la tierra su sed de paz, y su hambre de perdón; y ha muerto esa criatura sobre cuyos labios yertos vaga todavía la sonrisa angelical. Ella, capaz de sentir y pensar, de

ser feliz y de irradiar venturas en torno suyo, se ha ido; y quedamos nosotros caminando con el saco de amarguras y miserias a la espalda.

Cuando leí su libro sentí que de su corazón maltratado, de sus manos puras, de su noble frente, de todo su ser había nacido para nosotros una luz, una inmensa esperanza, una certidumbre de inmortalidad.

Y la hemos sentido de nuevo viva, hermosa, sonriente, liberada, como ella quería, de las limitaciones humanas, espíritu consolador que ya no puede abandonarnos.

Para evocarla, nos bastará leer unas cuantas de esas líneas en que dejó las huellas de su inteligencia bendecida por el Creador. Y ella vendrá siempre, amiga, compañera y maestra, para ayudar en la lucha del espíritu con la materia, para consolar en los grandes dolores, para enseñarnos a amar y a sufrir, a elevarnos por el dolor hasta la cima de lo sobrenatural, y a poner un poco de nuestra vida sobre los muros de la Catedral Inconclusa de la cual todos deberíamos ser artesanos modestos, ansiosos de contemplar un día la alta flecha que llevará la Cruz.

CARLOS SILVA VILDÓSOLA.

BIBLIOGRAFÍA Y JUICIOS CRÍTICOS

Lily Íñiguez—«Brève Chanson»—(Edition imprimée par le Maître Raffaello Bertieri à Milan—sin fecha—Con un prólogo de Inés Bello—Iris).

Ginés de Alcántara—«El Mercurio» 4 de Diciembre de 1927 y 23 de Septiembre de 1928—«Revista Universitaria», Septiembre de 1928.

Alone—«La Nación» 11 de Diciembre de 1927.

Omer Emeth—«El Mercurio» 25 de Diciembre de 1927.

Carlos Silva Vildósola—«Revista Universitaria» Septiembre de 1928.

Alfonso Escudero—«Revista Católica» Octubre de 1928